

Las dunas están cubiertas de una estraña vegetación que invade todo el primer plano de arenas de la costa: aquí verdeguean las *vacoas* (*pandanus utilis*), planta parecida á la palmera y de la familia de los monocotiledóneos; su aspecto es gracioso y triste á la vez; revestido de una corteza lisa, su tronco se divide generalmente á la altura de 2 metros en tres brazos iguales, y cada brazo dividido á su vez en otros 3 en todo lo alto, le da al árbol una cabeza voluminosa, de que penden, á modo de cabellera llorona, grandes hojas carnudas y hendidas por el medio. Estas hojas suministran groseros filamentos que se emplean en

la fabricacion de sacos. La altura de la vacoa no excede de 30 pies.

Pero el tiempo mejora: el viento se calma, la lluvia cesa y el sol viene á sonreirnos entre las ligeras nubes que van desvaneciéndose. Como el viajero de la fábula, nosotros experimentamos que *mas logra dulzura que violencia*, alzamos nuestros agachados sombreros, nos despojamos de nuestras pesadas capas y el sol nos halaga con su calor benéfico. A nuestro alrededor la naturaleza se despierta mas alegre, mas bella, trasfigurada, en fin: la yerba verdeguea, los arbustos abatidos bajo el peso del agua, se sacuden y



Julieta Fiche.

enderezan irguiendo sus lavadas frentes; los limoneros y naranjos nos perfuman con sus suaves olores y las orquídeas parásitas entreabren los pétalos de sus nítidas corolas.

La llanura se estiende ligeramente ondulada ante nosotros, cortada por arroyos y lagunas. Nuestros marmitas pasan haciendo saltar el agua y lanzando á la vez gritos salvajes: el tacon es harto ligero para sus robustísimas espaldas. Acelerando el paso, compiten en ligereza esperando un galardón generoso de rom ó *betza-betza*.

Ya llegamos casi al límite del bosque: el estrecho sendero se dilata por en medio de una vegetación exuberante en que se confunden los copaleros de blanquinosa corteza, el nath, color de acayoiba y el

indrámene de tronco rojo; la vacoa piramidal levanta su cónica frente por cima de las palmeras enanas y el espeso ramaje de los bambúes retorcidos viene á cortar nuestro paso azotándonos en el rostro. El bosque está desierto, los pájaros son raros: solo el monótono grito del cuclillo solitario responde al eco de nuestras voces.

La llanura se abre de nuevo, cubierta de una especie de yerba alta y cerrada; entre la cual nuestros conductores desaparecen: cuanto mas adelantamos, mas húmedo, mas fangoso, mas encharcado aparece el piso. Los conductores marchan, sin embargo; pero no sin temor, les vemos desde nuestros asientos hundirse hasta la cintura en este fango líquido. Por fin y á fuerza de vigorosa destreza, sondeando el terreno y

poniéndonos á veces sobre sus cabezas, salvan el mal paso y nos bajan en el lado opuesto, para volver de nuevo á emprender la marcha.

Las primeras colinas aparecen por fin y hácia el medio día llegamos á la casa de Mr. Laborde. Desde la cima de esta prominencia, como desde un obser-



Viuda de Madagascar.

vatorio, tenemos á la vista el paisaje de la comarca. Delante de nosotros un espacioso bosque, despues la planicie de Tamatava, en lontananza el mar. Por la

parte de Tanariva una serie de colinas aisladas á manera de enormes chozas de castores, elevándose progresivamente hasta la gran cordillera central. Estas

colinas, cortadas entre sí por pantanos ó arroyos, no ofrecen á la vista mas que el espléndido verdor de sus mantos vegetales. Algunos árboles, mal librados del incendio de los bosques, irguen por aquí y por allá sus troncos ennegrecidos y mutilados, como protestando contra aquella devastacion sacrilega y presentando al campo su tristeza: por do quiera pasó el ova, la misma melancolía, el mismo silencio, el estermio mismo.

A nuestra intermediacion, sin embargo, todo se agita: los marmitas abalean el arroz que muelen en grandes morteros esclavas malgachas: el fuego chispea en las cocinas y bellas sirvientas, vestidas de abigarradas estofas, se afanan en torno de las casas yendo de una á otra gritando, riendo, cantando, mientras preparan las comidas. El almuerzo, pues, servido á la malgacha nos espera: nuestro huésped nos hace una seña y acudimos presurosos.

En medio de la sala principal y en el suelo cubierto de esteras finas, habian estendido inmensas hojas de ravenal de un verdor brillante: estas hojas de unos 2 metros de ancho suplian los manteles formando un ancho cuadro, á cuyo alrededor habian dispuesto para los convidados unos asientos, especie de otomanas en que nos sentamos luego. En medio de esta mesa, original para nosotros y sobre una hortera igualmente cubierta con hojas de ravenal, se elevaba una alta masa de arroz de una blancura de nieve... es el pan malgacho; delante de cada uno de nosotros habia una recortada hoja que habia de servir de plato y otras convenientemente preparadas para que sirvieran de cucharas y vasos. Difícil es explicar cómo una hoja de árbol puede aplicarse á tan varios usos.

El ravenal ó árbol del viajero es uno de los vegetales mas útiles para el malgacho. Sus hojas despojadas de sus costillas, sirven, como acabamos de decir, de mantel, de plato, de cuchara, de vaso para beber el *ranapang* ó el *betza-betza*, y hasta de achicadores para desaguar las piraguas. Partidas, forman los techos de las casas que abrigan admirablemente; sus costillas entrelazadas componen sus paredes y su tronco sirve para los postes y pilares en que estriba el pequeño edificio. Pero el nombre que se le da de árbol del viajero, suponiendo que es un precioso recurso para la gente sedienta, me ha parecido una broma de mal género, toda vez que el ravenal vegeta principalmente en los parajes pantanosos ó en las márgenes de los rios, donde puede el sediento satisfacer mejor su necesidad: tampoco le hace falta al árbol esta virtud, cuando tiene tantas otras con que envanecerse.

Pero volvamos á nuestro almuerzo, que si comenzó poéticamente sobre verdes hojas, acabará prosáicamente á la europea. Fue menester abandonar nuestras bellas copas y platos primitivos por la porcelana

inglesa y el vaso de campo, porque el *moet* se estremecia bajo su cubierta y *Gros-Bœuf*, nuestro escanciador, lo despojaba ya de sus ligaduras de hierro. Es imposible hoy acabar un idilio. Tuvimos postres de la *Casa de Oro* y licores de Mad. Amfoux.

La casa estaba de fiesta y los trabajos fueron suspendidos: esclavos, criados y marmitas esperaban á la puerta una distribucion de rom, que no les hizo por cierto falta: así, pues, saltaban todos de alegría y solo esperaban una seña para empezar sus danzas. Ya en su impaciencia hacian resonar entre sus hábiles dedos los bambúes, cuando el amo les hizo saber que nosotros esperábamos. Entraron entonces en nuestra sala, y vinieron á acurrucarse en círculo dejando el centro libre para los bailarines. Una mujer fue la primera que se presentó; no era en verdad una Rosati, ni bella ni blanca era; pero sus ojos negros brillaban de alegría y su gran sonrisa, entreabriendo sus gruesos labios, ahondaba profundamente los lados de su ancha cara y hacia ver sus nacarados dientes: su canesú azul ajustaba apenas aquel pecho de bronce y dibujaba un talle robusto y de cierta elegancia.

Una ancha saya blanca con grandes flores amarillas envolvía su cuerpo y el *simbu* que pendía de sus hombros, abierto ó cerrado alternativamente, dejaba ver entre la almilla una ancha canal de bronceada carne.

Pero ya el fuego sagrado inflama á nuestros malgachos: el bambú resuena, las voces se conciertan en coro, las palmadas llevan el compás y la bailarina se agita. Hé aquí la danza de los pájaros: con el cuerpo inclinado hácia adelante y los brazos estendidos como los de la antigua Sibila, la bailadora golpea reposadamente el suelo con sus pies desnudos: ya adelanta ó posterga los brazos, ya los sube ó los baja, siempre tendiendo á la tierra sin poder volar por los espacios. El acompañamiento va en *créscendo*, las voces se avigoran, las manos palmean mas reciamente, la bailarina precipita sus pies... el busto permanece casi inmóvil, mientras los brazos semejan á dos alas que quieren remontarse: vanos esfuerzos. La impaciencia entonces agita notablemente á la malgacha y una especie de rabia se apodera de todo su ser: recorre jadeante el círculo que le encierra, hiere furiosamente el suelo, sonoro bajo sus plantas, retuerce sus dedos, sus brazos, todo su cuerpo en desesperadas convulsiones. Vencida al fin se detiene y nosotros la aplaudimos.

Un malgacho se levanta ahora. Vamos á presenciar la danza del arroz. Para este nuevo baile se requiere mas espacio, y hay que ensanchar el círculo.

El bailarín está casi desnudo: solo tiene por vestido una faja de algodón blanco, que como artista, han apretado á su cintura: sus formas son membrudas, vigorosas, elegantes, hasta bellas.

Los bambúes, las palmadas y los cantos de sus compañeros le dan el acompañamiento mismo: el bailarín comienza. Primeramente representa la tala de un bosque, los golpes del hacha, la caída de los árboles. Seguimoslo con el mayor interés. Ya se baja, ya se alza, ó se retira y vuelve, golpeando aquí y allá. Viene luego el incendio del bosque ya talado; y el bailarín corre, sopla, activa el fuego que cruge devorando el combustible; y el combustible y los chasquidos y hasta el fuego nos lo hace sensible con su gráfica accion sin perder un compás de su afanosa danza. Ahora entra el arroz. El bailarín recorre el círculo á saltos regulares, iguales á las distancias que separan los hoyos de la siembra. Y deposita el grano, y lo entierra, y viene luego en medio del círculo donde dirige, al parecer, á los espíritus una invocacion piadosa.

Hay que advertir que en Madagascar, como en algunas partes de América, los naturales incendian los bosques para plantar el arroz ó el maíz: no lo siembran, sino que lo entierran en hoyos y esperan la cosecha. En Madagascar acaban la sementera por esta ceremonia religiosa: colocan en medio del terreno preparado y sobre una hoja de ravenal cierta porcion de carne cocida, algun dinero y unas vasijas llenas de *betza-betza*. El jefe de familia, rodeado de los suyos, se adelanta entonces, invoca á uno de los espíritus de sus parientes, muertos de muerte natural y no por el *tanguin* (el número de estos espíritus sube algunas veces á quinientos ó seiscientos); y por último termina por esta plegaria:

«Si he hecho alguna omision, suplico á los que haya olvidado me perdonen, y les ruego vengan á participar de la ofrenda que hago á los buenos, porque no invoco mas que á éstos. Cuento con el apoyo de Zanahar-be (el Gran Espíritu), el cual me ayudará á mí y á los míos: él solo es mi Señor.»

Nuestros aplausos resonaron otra vez y una nueva distribucion de rom fue recibida con aclamaciones. En cuanto á Mr. Laborde, coronó perfectamente la fiesta con un paso de carácter, que bailaba él en Tanariva ante el pobre Radama II.

III.

Ivondrú.—Fernando Fiche.—Betzimisaracos y Betanimenos.—Los lagos.—Ambavarano.—El Kabar.—Hospitalidad malgacha.—Jóvenes malgachas.

Nuestra segunda expedicion nos condujo á Ivondrú: Fernando Fiche fue nuestro huésped y aun quiso ser nuestro guia.

Ivondrú, pueblo considerable en otro tiempo, está situado á 15 kilómetros al Sur de Tamatava en la ribera del mismo nombre: antigua residencia de un príncipe malgacho, domina las bocas de los lagos,

que se estienden á mas de 80 leguas por el Sur, y el camino de Tanariva de que forma la primera etapa.

Fernando Fiche es hijo de Julieta y del príncipe Fiche, el mas poderoso de los antiguos jefes de la costa. Educado en París y alumno de la escuela central, Fernando posee una instruccion notable, y puede decirse, sin igual en toda la isla; de un carácter dulce, pero de un aspecto un tanto sombrío, es menester conocerle para apreciarlo: yo no le noté mas que un defecto, defecto raro si los hay... su modestia. Fernando se anula ante los extranjeros, que generalmente no tienen la centésima parte de su mérito. Mad. Ida Peiffer no ha sabido distinguir las escentricidades de aquella naturaleza tímida, ni menos comprender el peso que oprime aquella alma dolorida en presencia de la atroz tiranía de los ovas que reduce á la impotencia su elevado espíritu: yo por mí he hallado en Fernando un hombre amabilísimo.

Nuestros vehículos nos trasportaron á la orilla de la pequeña bahía de Ivondrú, donde habíamos de almorzar, y despues nos embarcamos en las piraguas que Fernando nos tenia preparadas á fin de ir á explorar los lagos y avanzar hasta Andevorand; pero el tiempo no permitió que realizásemos este último propósito.

Tres bellas piraguas, tripuladas por seis remeros cada una, nos esperaban en la bahía que baña la poblacion. Fernando las habia provisto de los artículos necesarios para una ausencia de muchos dias, contando entre otros, vinos de Francia, cerveza inglesa, Champagne, etc. Como se ve, nuestro amigo se portaba á lo príncipe. Teníamos escopetas para la caza, y en las piraguas tiendas para resguardarnos del mal tiempo. La partida fue de las mas alegres, por la amable recepcion de nuestro huésped, por el encantador aspecto del pais, y por la esperanza de recoger á cada paso nuevos datos y curiosas observaciones de personas, cosas y costumbres en una tierra casi virgen á los ojos de un explorador europeo.

La navegacion en piragua exige cierta costumbre: el esquife es tan móvil que cada uno debe guardar el equilibrio lo mejor que pueda. Ibamos viento en popa y llegamos en breve á la mitad del rio, desde donde Fernando nos hizo observar una lengua de tierra rojiza, en la cual se desenlazó uno de los pequeños dramas guerreros de la historia moderna.

«Sabeis, nos dijo nuestro guia, que los habitantes de Madagascar llevan el nombre genérico de sakalavos: en cuanto á nosotros, poblacion de la costa, nos llamamos betzimisaracos, que como lo indica esta palabra compuesta, viene el nombre de una gran asociacion de tribus: *be* (mucho), *tzi* (no), *misarak* (divididos). Llamamos *ambanibulos* á los malgachos que viven en el campo, y tenemos además los *beta-*

nimenos, tribu insurrecta que mereció este epíteto por su vergonzosa derrota en la lengua de tierra que acabamos de doblar. *Betanimenos* viene de *be* (mucho), *tani* (tierra), *mene* (rojo), porque la tribu fue batida

en esta punta y se rindió á los vencedores, quienes por irrisión se limitaron á tirarles pelotas de tierra roja con sus cerbatanas, llenándolos así de fango y de vergüenza.»



Vacoa (árbol).

Esta anecdotilla me hizo comprender por qué había tan pocos betanimenos y tantos betzimisaracos: no somos nosotros los únicos que no aceptamos las herencias sino á beneficio de inventario.

Entre tanto dejamos atrás el río de Ivondrú, entrando en los canales que conducen á los lagos. La vegetación de estas orillas pantanosas no se compone mas que de ravenales, de raffias y de salvias gigan-

tescas, que forman á lo largo de las márgenes una prolongada línea de verde oscuro. Hacia la izquierda, el mar se estrella con violencia y á la derecha las tierras mas elevadas del segundo término están cubiertas de bosques magníficos.

Espantados por el canto de nuestros remeros, patos de todos colores se alzan por delante de nuestras piraguas, gallinas de agua se ocultan entre los juncos y vocingleras cotorras negras pasan en dirección del

bosque. No hay en esta naturaleza nada de grandioso que sobrecoja al alma: las costas de la América tienen mas grandeza y magestad.

Con todo, la novedad de esta rara vegetación, casi toda herbácea, excita una curiosa admiración. Los cantos de nuestros alegres remeros, el rozar de la piragua por medio de los *tantamos* (nenufar), las anchas flores amarillas y blancas que esmaltan las aguas, los gritos alegres y el vuelo rápido del *vorontsarony*,



Molimeras de arroz.

pequeño martin pescador del tamaño del colibrí, y como él pintado de esmeralda y de zafiro, estienden sobre este monótono paisaje un velo de poesía que llega hasta nosotros.

Pronto íbamos á llegar á Ambavarano (*boca del agua*), que es una pequeña población situada en una eminencia á la entrada del lago de *Nossi-Be* (*lago de las islas*), como lo indica esta combinación: *nossi*, isla, *be*, mucho.

Una de las piraguas nos había precedido para anunciar nuestro arribo: así que encontramos al pueblo en movimiento. Instalámonos en una casa

cuyos dueños la habían desalojado para que nos hospedásemos, y aun nos agradecieron la distinción que en aceptar les hicimos.

Los jefes del pueblo vinieron luego á darnos la bienvenida, trayendo en su compañía dos ó tres mujeres que nos ofrecieron obsequiosamente en hojas de ravenal un arroz mas blanco que la nieve y algunos pintados peces. Sentáronse todos, la morada estaba llena y nosotros íbamos á asistir al primer *kabar*. Llámase *kabar* toda reunión cuyo objeto es hablar, deliberar ó recibir: nada se hace en Madagascar sin una sesión previa; en este caso el *kabar* era de hospitalidad.